

Latinoamérica -y Venezuela en tanto que latinoamericana- es un paraje prescindible, habitado por gente entrañable y desmañada, sin prestancia alguna para la tragedia ni mucho menos para el sentido trágico: he ahí un tema primordial, si acaso no es el tema de la obra visible de José Ignacio Cabrujas.

Esa debatible afirmación, según la cual existen parajes dramáticos, de la misma manera que hay lugares calurosos o húmedos, podrá parecer ingenua y provinciana sólo si se la toma literalmente.

O'Gorman ha dedicado páginas irrefutables a la noción de que América fue una invención europea con la que se quiso barrer bajo la alfombra el fiasco sin cuento de salir, en nombre de Copérnico, en busca de la China y confundir Guanahaní con Catay. Cabrujas entiende, casi al mismo tiempo que O'Gorman, que somos ni más ni menos que un paso en falso de Occidente y que lo que advino desde el principio como un error en la tabla de marear de Cristóbal Colón, no podía crecer ni enderezar sus ramas.

Estamos condenados, pues, a ser un remedo «por no vivir medio metro más allá», según postula Cosme Paraima, el «sentimental -bajo- un cínico», el desafectado borrachín de pueblo que pocos han advertido es el verdadero protagonista de Acto Cultural.

Cabrujas nos deshaucia, nos condena a la irrisión de ser, en el mejor caso, un amago de inalcanzables arquetipos europeos. Esa irrisión nos envuelve, nos define, nos explica y nos embaraza. A causa de ella, no alcanzamos nunca a trascender San Rafael de Ejido; la chatura de ideas, la verdolaga, el gamelote y la molicie lo invaden todo, como la maleza pervade un palacio, como invadirá irremediablemente a la Opera de Manaus el día que la libremos a su propia suerte.

Cabrujas despliega esa visión en observaciones que jamás se sacian

«In memoriam» de José Ignacio Cabrujas Morir en defensa propia

Ibsen Martínez



de su objeto: así, Bolívar es un epígono mestizo de Napoleón, aventado a un escenario -El Caribe y la América andina del siglo XIX- donde no hay puente de Arcole sino esa mezquindad ruinosa que es el de Boyacá, y Josefina no es una beldad creóle en el París del Directorio, sino que alcanza apenas a ser una adúltera quiteña y regordeta. Así, la etiqueta y el lujo del Segundo Imperio y la

retórica republicana clásica se reviven en locuciones afrancesadas y en charlatanería autoritaria en Guzmán Blanco. El dry martini del aeropuerto de Maiquetía jamás llega a ser el dry martini del hotel Negresco, en Niza.

Según Cabrujas, no somos: gesticulamos. Latinoamérica devino una buena intención resuelta en mero ademán.

Pero, ¡atención!, esa constatación de lo latinoamericano como insuficiencia y remedio, de Latinoamérica entendida como fracaso de Europa, no se disipa en la obra de Cabrujas en lamentación más o menos amateur.

No hay nostalgia eurocéntrica ni humanismo regañón y burgués, a la manera de Uslar Pietri, sino algo desde luego más disolvente y fascinante, valleinclanesco y perturbador; algo que llamaré lo paródico involuntario y que, apunta Cabrujas, signa la vida de cualquier intelectual en Venezuela. Esto equivale a una admisión de un hecho que Cabrujas halló siempre intolerable y causa de rebelión: el cariz orillero del intelectual en Venezuela.

Esa repulsión le dictó pasajes memorables de cruelísimo sarcasmo conversacional que son, sin duda, la parte mejor de mis recuerdos.

El intelectual reducido a ser una excentricidad, a un incordio de familiares y amigos: Amadeo Mier, empeñado en una quimera municipal, sin fervores que lo acompañen en el riesgo. Amadeo Mier, Ícuido y dueño de su arte, se convierte en una calamidad para sus piadosos allegados y amigos. Si lo acompañan, es con la condescendencia familiar que se dispensa al loco de la casa. Le siguen la corriente sin acatar sus lucideces. Ni más ni menos como trata Venezuela a sus genuinos hombres de ideas.

No hay premio, no hay castigo, solamente un «ubíquese por ahí, poeta», el intelectual entre nosotros está destinado a ser maestro de ceremonias de una representación gratuita y en la que los enanos y los tragasables están siempre mejor pagados que él mismo. San Rafael de Ejido no sería mejor ni peor si se dinamitara a la Sociedad Luis Pasteur para el Avance de la Ciencia, las Artes y la Cultura.

El destierro, el ostracismo, está precisamente enmascarado en la celebración y el reconocimiento formalistas con que, entre nosotros, aniquilamos al talento, cuanto más temprano mejor y perdónese la reminiscencia de Lorenzo Barque-



ro: es que soy galleguiano.

Nuestra fortuna —la del país— estuvo en que de su aversión por lo broncíneo y lo solemne, Cabrujas no nutrió ninguna renuncia a lo cívico y lo callejero, ni hizo de él un escritor apartado del mundo, rumiante y perfeccionista. Por el contrario, Cabrujas no desperdió ocasión para sentar su simpatía por el gesticulante, se llamase Pío Miranda o Pilar de Cárdenas, en sus ficciones, o Chico Carrasquel, Alfredo Sadel o Sonny León, en sus afectos.

Esa simpatía por el gesticulante librado a su suerte mueve buena parte de la renuencia del mejor Cabrujas a ser mero adorno oficial, ocasión feliz, ingenio protocolar, discurso de orden. De allí, quizás, el arrojo con que abordó su relación con medios interventores de la realidad, así fuesen a su vez intervenidos por la realidad. Medios que el folklore de la élite ilustrada tiene desde siempre en entredicho: la televisión, esa mala palabra. Y la prensa diaria, ese oficio menor.

Sin embargo, el hecho de haber desfogado sus talentos en ámbitos tan perecederos y fugaces como la televisión o la crónica de opinión se deja ver congruente con el pavor a ser aniquilado en una antología sin lectores que alienta en todo dramaturgo.

Le placía más la idea dickensiana del escritor influyente, cotidiano, el rol del agitador impertinente y de singularísima puntería, del cronista incisivo, volteriano y escéptico en el que nadie ¡nadie!, podrá sustituirlo.

Alguna vez comentó que, en su juventud, la lectura de Georges Sorel,

autodidacta propalador de ideas de las que irremediamente se convertía en aguafiestas, hizo por un tiempo de Sorel su imagen tutelar. Esa recompensa de saberse vocero de los particulares, desasido de dogmas y líneas de partido, ciertamente halagaba la mejor idea que alguna vez tuvo de sí mismo. Ello no tenía nada que ver con el «compromiso», palabreja de estirpe equívoca y bastarda, que infesta tanto panegírico. Más bien emanaba de un sentido de afirmación, de una acendrada intuición del ridículo en que incurre el intelectual que tiene que defender hoy el socialismo a ultranza de Fidel, y la apertura a los mercados de Fidel, mañana.

Pero todas las estrategias de vida están cebadas, como las trampas en la tundra.

La televisión y sus apremios, con su diabólico juego de urgencias públicas y postergaciones privadas, devoró a nuestro amigo.

El, que no creía en la posibilidad de que existiese un pathos latinoamericano, sucumbió trágicamente a uno de sus más genuinos avatares faústicos: las a menudo trágicas relaciones entre la televisión comercial y el intelectual fecundo. Fuimos amigos, en el sentido exacto en que esa individualista brillantez, esa nube inasible, enigmática y mordaz, tímida, jovial y hondamente desdichada, que fue José Ignacio Cabrujas, se permitió tener amigos. Estas notas no saben ceder, sin embargo, a la efusión al uso y preheren interrogar el motivo —entre tantos motivos— de mi admiración sin tregua y mi fervor inextinguible por el hombre generoso que un día providencial me mostró una máquina de escribir, me enseñó un oficio y me habló de sus riesgos.

Medito sobre su aparatosa salida de escena y sólo alcanzo a repetirme la fórmula de Vargas Llosa que le sugiere la muerte de otro escéptico desmesurado, el Zabalita de Conversación en la Catedral: vete tranquilo, José Ignacio: que los eunucos y los fariseos juzguen si algo quedó inconcluso. Cada quien se defiende de Venezuela como mejor puede.